



lo que a unos empujaba a no atropellar la ley pidiendo limosna, y lo que a unos movía y a otros no, a saltarse la ley, pidiendo limosna donde fuera, eran *motivos* diversos y divergentes, dentro siempre y constantemente de la *misma razón legal*.

La conducta real humana —la del llamado animal racional— se integra de razones y motivos. Y unas veces la razón o *razones* —morales, religiosas, científicas, filosóficas— están rellenas, impregnadas y caladas de *motivos* de gran peso para unos y de mínimo para otros, que bien poco, por no decir nada, pesa para un rico el hambre del pobre, y para el poseedor «legal» —supongámoslo— de un palacio el cielo raso de una noche de invierno —artesonado de la casa real de tantos pobres.

Las *razones* no tienen peso; y, por no tenerlo, no mueven; no son sin más *motivos*. Un racional que no fuera animal —sintiente y sentimental— no tendría motivos para apartarse de las razones —por ejemplo, de las morales— y sería «*pura razón práctica*» —en terminología kantiana—, o *racionalmente santo*, o santo por racional —dicho ahora con terminología entreverada de teología y filosofía medievales—; ni sería jamás tentado ni tentable de transgredir leyes o razones jurídicas. Le faltarían *motivos* para ello. El *porqué* fuera para él causa suficiente de obrar, y no vendrían el *para qué* o el *para mí* a desequilibrar la razón, poniendo en un platillo el peso de unos motivos, y dejando vacío de ellos al otro.

El racional puro es impecable. Lo malo es que no vive, ni siente, ni es yo. Es yo trascendental —y perdone Kant el uso un poco lato, no mucho, de esa frase suya: peculio inicialmente de su filosofía. El yo trascendental es el capaz de respetar la majestad de las leyes.

En algunos ratos, sueltos y pocos, algunos hombres, raros y pocos, son yo trascendental o pura razón práctica; admiremos semejantes ejemplares de nuestra especie, en quienes lo de «animal» se transformó en racional, en espíritu puro. En ellos, y por un rato al menos o actos sueltos, la materia se transmutó en luz, en algo semejante a luz, mas superior a ella: en luz espiritual, en radiación racional, según lo y no descubierta por Einstein, sino, casi un siglo antes, por Kant y Hegel.

En la bien conocida fórmula relativista que vincula matemáticamente energía —calorífica, mecánica— y materia —masa— se hallan resumidas y condensadas estructuralmente las *razones* matemáticas de la teoría de la relatividad, cual en un teorema de axiomas, en una conclusión las premisas; mas, por fino que sea el espectroscopio que empleemos —o el aparato de radiografía con rayos más sutiles que los X— no descubriremos en ella rastro de *motivos*.

Porque el físico-matemático no los halla —pues no están, por ley de estado—, por eso justamente resulta el *hombre* científico tan proclive, tentable y tentado de hacer bombas atómicas, no viendo más que *razones* para hacerlas, y por ninguna parte de la fórmula *motivos* para dejar de hacerlas.

¿Qué motivos podía aducir Euclides para no sacar de sus definiciones, postulados y nociones, cual conclusión, el por todos los bachilleres manoseado teorema de Pitágoras: «En un triángulo rectángulo el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos»? Ninguno. Era cuestión pura y simplemente de *razones*.

¿Por qué *motivos* el aritmético va a refrenar la ley de formación de enteros, y negarse a construir el número *cuatro mil millones*?

Pero el sociólogo nos advertirá que hay graves, gravísimos o pesadísimos *motivos* para no producir o engendrar, entre todos, *cuatro mil millones* de humanos. Y el antropólogo consciente y responsable se decidirá valientemente a gritar a individuos —físicos o Estados— que si hay *razones* para fabricar y según las que fabrican bombas atómicas, no hay *motivo* alguno que justifique el hacerlo; que lo que es matemáticamente posible es, a veces, moralmente imposible. Lo cual no será sino recordarnos de que somos animales racionales, compuestos no sólo de alma y cuerpo, sino, más conovedora y tangiblemente, de *razones y motivos*.

Nada tiene, pues, de particularmente extraño lo que resulta fácil y frecuente entendernos *con* y *en razón*; más, que, aun siendo las mismas leyes, nosotros portemos igual pesos y demos, bajo el cielo estrellado de las mismas constelaciones legales —jurídicas, morales, científicas—, espectácu-

los tan desedificantes cual pedir limosna o dormir bajo los puentes. Es que las razones no determinan los motivos, el porqué no prefija el para qué, la causa formal no impone causa final, la razón no es fuerza motriz; no es, sin más, *motivo*.

Pascal hablaba —y lo repetimos ya continuamente los siguientes desde hace siglos— de razones del corazón, es decir, de motivos —que la razón no alcanza.

Sólo la concordia, o unisono cordial, puede producir la unificación de motivos, y, con ella, ascender corazón a razón, motivos a razones, o mover las razones.

Al corazón le dan, a veces, eso que llamamos *corazonadas*, ataques de generosidad, de simpatía, de gracia y de congraciarnos. Son ataques de corazón, mas no del tipo *trombosis coronaria*, sino, al revés, de destaponamiento, vasodilatación, gran corazón, sea grande o pequeño el corporal.

Por desgracia, tales ataques de corazón son, en todos los tiempos —por tanto, en el nuestro también—, poco frecuentes. Y pretendemos justificar por diferencia de *razones* lo que, en realidad de verdad, son diversidad de *motivos*, de afectos, pasiones y querencias inconfesables —ni a cura ni a psiquiatra—, sutil, mas transparentemente, recubiertos por «razones».

En ninguna otra época de la historia ha habido en la atmósfera cultural pública difundidas tantas razones —ideas sobre política, religión, arte, filosofía, técnica, economía... —; y, por ello, nunca ha dispuesto el hombre de tantos velos decorosos de *razones* para recubrir, disimular, y pretender justificar nuestras diferencias cordiales —de afectos, pasiones y querencias.

Las *razones* se funden y organizan casi natural o espontáneamente en *sistema*, en interna unidad total luminosa; y se unen unas con otras —las de anteriores épocas con las de las siguientes— casi casi con igual facilidad, evidencia y propiedad como un número con el sucesor, un número compuesto con sus números primos; o los puntos en recta, o las rectas en plano.

Pero los *motivos* —las fuerzas impelentes peculiares de cada sentimiento: afecto, pasión, querencia... — no sólo no se funden espontáneamente; se oponen los de uno a los de otro,

los de una colectividad —partido, iglesia, academia...— a los de otra; y, para mayor desgracia o mayor problema, no dan una resultante cual surge, por ley física de dinámica, de varias fuerzas una sola, o de diferentes velocidades una. Cuando son opuestos los motivos no se anulan, como la fuerza física y sobreviene el cero de paz; opuestos, luchan, encónanse luchando, cultívase el encono y, potenciándolo, llegan al paroxismo.

Tal vez no quede otro remedio que la «corazonada». Pero «corazonada», «generosidad cordial», «grandeza de corazón» son, acéptanse las palabras, *gracia* y *milagro*. Que sólo Dios pueda hacer *milagros* o darnos tal *gracia*, o que se trate de más humilde cuestión: de estadística, de probabilidad pequeña, pero mayor que cero, es decir: de fenómeno, suceso o acontecimiento infrecuente, poco importa la *razón* que demos de ello.

«Hágase el milagro, y hágalo el diablo», sea el Diablo la Probabilidad o la Providencia.

Creo que todos convendremos, independientemente de la diversidad de *razones*, en que el milagro urge; por eso no hagamos ascos o escrúpulos ni nos atasquemos en esos tiquismiquis metafísicos de *Quién*.